

EUSKAL HERRIA: CULTURA E IDENTIDAD

UN POCO DE HISTORIA

Hace ahora treinta años. Se publican "Quosque Tandem" y "Vasconia", libros referenciales acerca de la identidad vasca y de sus formas de lucha en la más negra noche franquista. Nace "Ez dok amairu", instrumento de lucha y comunicación de los rebeldes cantantes del norte que reivindican la lengua vasca y la poesía como soportes culturales de un pueblo que no quiere morir. La parte más consciente del clero vasco se aglutina en torno a "Gogor", dando a su mensaje evangélico un profundo contenido social y asumiendo públicamente el problema nacional. Se funda "Gaur" coordinadora donde los artistas articulan un frente desde el que reivindican la originalidad creadora de las raíces de lo vasco y su modernidad dentro del arte contemporáneo.

Presionada por la base cultural más consciente y luchadora "Euskaltzaindia" acomete la inmensa labor de unificar el euskara para convertirlo en un idioma moderno y útil. Ante el genocidio de todo lo que suene a vasco un pueblo anónimo y rebelde pone en marcha uno de los proyectos educativos más original y progresista de toda Europa: El "movimiento de ikastolas". El mundo económico no es ajeno a estas turbulencias creadoras y desde el movimiento cooperativista nace la idea de la creación de un "Banco Vasco" para financiar la construcción nacional.

Y, en medio de esta febril actividad, un pueblo políticamente despierto y profundamente decidido a tomar las riendas de su historia, imitando los procesos liberadores y las ideas de otros pueblos que, como Argelia o Cuba, habían ya logrado su independencia política, se levanta en armas y crea la organización armada "Euskadi ta Askatasuna". De todo esto hace sólo treinta años. Al recordar aquella vorágine creadora en la que todos los frentes de lucha se interrelacionaban, en la que todos tenían un lugar para desarrollar sus capacidades con un único fin: alcanzar una Euskal Herria progresista, culta, independiente y euskaldun; al recordar todo esto, decía, guardo en la memoria a un pueblo en movimiento con una fuerte resistencia cultural a pesar de que aún no tenía un estado propio. Un pueblo en el que la ilusión y las esperanzas eran grandes y en el que la lectura y la reflexión, la música y la escultura, la poesía y el bertsolarismo, la antropología y la política, la historia y el euskara, todo ello se aglutinaba en una estrecha y fértil dialéctica, que nos proporcionó un protagonismo creador de la mayor magnitud y una práctica a la que se denominó genéricamente como "Cultura Vasca".

Estas referencias me hacen volver los ojos, tristemente, a la situación actual en la que tenemos universidad, televisión vasca, periódico y revistas en nuestra lengua, escritores euskaldunes reconocidos en Europa e incluso un Gobierno Vasco con departamentos de cultura, educación y universidades en manos de una mayoría parlamentaria nacionalista (instrumentos que hace 30 años nos hubieran parecido ciencia ficción) y a pesar de ello, nuestra creatividad como pueblo diferenciado se sitúa a años luz de la de aquella época a la que antes hacía referencia.

CARACTERÍSTICAS DE UN PROYECTO CULTURAL VASCO

Todo lo anterior me hace reflexionar sobre qué características habría de tener un proyecto cultural vasco desde nuestra realidad actual. Sin lugar a dudas habría de ser resultado de un trabajo colectivo. Siempre se nos ha dado bien trabajar en grupo a los vascos, lejos de esa cultura vasca actual de escaparate (de la que Atxaga, Chillida o el Guggenheim no son más que un leve destello), en la que un divo nos expresa lo elevado que es su pensamiento y el resto del pueblo sólo tiene permiso para escuchar mudo y aplaudir después.

Considero además que la cultura ha de ser militante. No podemos caer en la patraña de que hemos de ajustarnos a las leyes del mercado como un fin en sí mismo, como nos bombardean interesadamente desde diversos medios, porque si no sí que desapareceremos. La cultura vasca al pertenecer a un pueblo minoritario, del cual además sólo la mitad se siente vasca, jamás podrá tener mercado en el sentido capitalista, y si entra en dicha dinámica es entonces cuando desaparecerá culturalmente, al no poder competir en una partida en la que todas las cartas del enemigo están marcadas.

Considero también que hemos de ser realistas y aceptar que nuestros recursos son limitados. Son limitados pero originales y sirven de referencia vital para muchos de los que nos sentimos, de una manera u otra, pertenecientes a esta colectividad. Tenemos un pueblo pequeño pero hermoso, una lengua minoritaria pero milenaria, unas costumbres sociales y unos hábitos alimentarios que nos dan una calidad de vida envidiada por muchos países del llamado primer mundo, una capacidad de comunicación subterránea de nuestras experiencias vitales que es capaz de hacer frente a la alienación de los multimillonarios medios de manipulación informativa, un sentido del grupo y de la familia que nos hace en cierto modo casi invulnerables a la dureza del mundo depredador del individualismo capitalista en el que se nos quiere sumergir.

Todas estas características, y otras más, que no las tienen en otros países, nos proporcionan la infraestructura para poder generar un proyecto cultural propio desde canales alternativos. Además, y quiero que esto se entienda, nuestro proyecto cultural ha de estar politizado, en el sentido de que, hoy, la cultura necesita de una infraestructura desde la cual pueda asegurar su generación y regeneración. Para construirla es necesario hacer valoraciones y generar prácticas políticas, con todas sus consecuencias.

La "cultura vasca" actual es un satélite cultural de la cultura dominante española, francesa y, en último término, americana. En esta situación, las pautas culturales las marcan siempre los de fuera y, aunque utilicemos el euskara como vehículo del mensaje, los contenidos de aquel serán siempre ajenos a nuestra cultura (el caso de ETB o de la UPV son en este sentido paradigmáticos). Los valores culturales, los temas de debate, las necesidades tecnológicas siempre las marcan los intereses de los dominadores. No sólo queremos el euskara, sino el alma vasca que hay detrás de la lengua.

Pues bien, para todo ello necesitamos, hoy más que nunca, un proyecto político independentista (el autonomista ha demostrado ya, reiteradamente, su incapacidad en este sentido) que ponga las bases para esta recuperación y, posteriormente, reproducción de nuestros patrones y valores culturales en un sistema retroalimentado. En las líneas anteriores hemos intentado dibujar un contorno de las posibles características de un proyecto cultural vasco propio, pero aún nos aguarda agazapada la pregunta nuclear, la pregunta del millón: Qué es la cultura vasca? Qué es lo que nos hace realmente vascos? Voy a intentar contestar a estas preguntas con una respuesta (que aunque no es la única, sí es, en mi opinión, la de más profundo calado), y es la referente a la cultura como identidad. La cultura identitaria.

CULTURA VASCA E IDENTIDAD: FORMA Y CONTENIDO

Qué es la cultura vasca? Qué es lo que podemos definir como culturalmente vasco y qué es lo que no? Estas son preguntas que como pueblo, sin libertades fundamentales de ningún tipo, cíclicamente nos interrogan y que hemos de tratar de responder lo más honestamente posible, ya que de su planteamiento correcto depende nuestra existencia como pueblo diferenciado en el concierto de las naciones del siglo XXI.

No podrá resistir el Pueblo Vasco otro siglo más fuera del reconocimiento internacional. Nos jugamos mucho en este envite, por tanto. Primero hemos de saber quienes somos para, posteriormente, reivindicar dicha identidad frente al mundo. La metáfora que más se aproxima al análisis de la cultura vasca y que quisiera comentar aquí es, en mi opinión, la de las categorías artísticas del "fondo" y la "forma" que se utilizan en el arte. La estructura fundamental hoy aún viva de la cultura vasca es, sin lugar a dudas, nuestra lengua preindoeuropea: el euskara. Pero, a pesar de su capital importancia, el euskara puede ser asimilable a la categoría de "forma" tan sólo. El idioma es una estructura lógico-formal que cualquiera puede aprender, se sienta vasco o no y comprenda o no la larga aventura cultural en la que ha estado inmerso el pueblo vasco (y el euskara, por tanto) desde hace más de 30.000 años y que esa milenaria lengua trata de expresar y conservar. Con esto quiero decir que el euskara es accesible y, por lo tanto, reproducible fonéticamente tanto por un pastor de Aralar como por un policia español que, por lo específico de su "trabajo" en Euskal Herria, haya sido liberado para aprenderlo.

El euskara, a pesar de su importancia capital, no es más que la parte emergente de un iceberg, de un fondo en gran parte inconsciente, que es el que proporciona a la lengua coherencia y razón de ser. La estructura formal del euskara es el vehículo de expresión de todo un interior oculto de emociones, referentes estéticos y éticos, de memoria histórica (y prehistórica también), de relaciones filosóficas con el mundo y de valores propios y conocimientos materiales y simbólicos sofisticados que, a lo largo de múltiples generaciones, en doloroso (pero creativo) parto, han sido moldeados por este

original pueblo y traídos con gran efectividad hasta los albores del siglo XXI. A este bagaje es a lo que denominamos identidad.

Pues bien, este fondo antropológico y cultural desde el que brota lo genuinamente vasco es, en mi opinión, la fuente que alimenta lo que podríamos definir como cultura vasca. Es cierto que sin el euskara no podemos hablar de cultura vasca, pero también es cierto que a pesar de la dolorosa mutilación que supone la no existencia del idioma en un Oteiza o un Pío Baroja, no por ello mutila su profundo sustrato vasco, frente a esa otra gente que en la actualidad vemos estudiando euskara para tener una opción mejor de trabajo pero cuyos referentes culturales siguen siendo los españoles, franceses o americanos (estos últimos en exponencial crecimiento debido a los omnipotentes media multinacionales).

RECUPERACIÓN IDENTITARIA

La minorización que nuestro pueblo ha sufrido durante los 2.000 últimos años a través de la opresión militar, política, jurídica y cultural ha hecho que no sólo esté en peligro la extinción del idioma (nuestra forma de expresión) sino que ya estén casi perdidos nuestro referentes de fondo (nuestra identidad). Tras el movimiento solidario en torno a la recuperación del euskara durante los 30 últimos años, creo que ya ha llegado la hora de enfrentarnos a una segunda fase tan importante como la primera y que giraría en torno a la recuperación de la identidad.

Identidad que comenzamos ahora a vislumbrar desde el análisis de las diversas disciplinas científicas (paleolingüística, mitología comparada, genética de poblaciones, arqueología, etnociencias, . . .) y que nos une, sorprendentemente, con el pasado de una Europa interconectada con Asia y el norte de la África prehistóricas. Así, nuestros referentes matriarcalistas nos unen más a las tribus caucásicas o a los indios americanos, que a cualquier ciudadano de la Europa actual; nuestra percepción del color nos convierte en hermanos (a nivel psicológico) de los pigmeos, inuits o maories; nuestro igualitarismo nos relaciona con la Antigua Europa o con el mundo pregregio cicládico; el euskara nos liga a los idiomas paleosiberianos, bereberes o canarios; nuestra filosofía del vacío y del círculo nos correlaciona con los sinotibetanos o indios, . . .

En esta recuperación de la identidad no sólo está en juego, por tanto, la salvación de un pequeño pueblo del oeste pirenaico europeo. Nuestra cultura posee información, aún accesible y traducible, de la prehistoria de toda una parte importante de nuestro planeta y específicamente del pasado de la Europa primigenia, no en vano somos (guste o no a españoles y franceses) el último pueblo indígena, aún vivo, de la Europa Antigua. Nuestra cultura, la cultura vasca, posee pues una profunda trascendencia antropológica. No veo mejor manera de abordar nuestra reconstrucción nacional, hoy, que acometer la investigación, estudio y divulgación de dicha cultura, cara a nosotros mismos (con

objeto de re-conocernos) y cara a Europa, para reflejarle los retazos aún vivos de su pasado identitario, y convertir de esta manera a la siempre minorizada cultura vasca en la matriz de una nueva manera de hacer internacionalismo. Y como un pequeño ejemplo de lo que podría trabajarse en este campo identitario expondré ahora una pequeña interpretación acerca de Mari y el matriarcalismo vasco subyacente a dicho mito.

UNA PEQUEÑA INCURSIÓN EN EL PENSAMIENTO SIMBÓLICO PRIMIGENIO VASCO

Las últimas investigaciones arqueológicas están revolucionando nuestra visión de los orígenes de la cultura prehistórica. Los científicos nos hablan de un universo en el que se adoró a una diosa representada por las innumerables estatuillas que están encontrándose a todo lo largo y ancho de Europa. Desde Euskal Herria hasta los Urales existió un continente de más de 2.000 kilómetros de largo en el que sus habitantes se encontraron conectados tecnológica y culturalmente, y de esto hace la friolera de 20.000-30.000 años. Este fué, por tanto, el primer continente (por lo que a su extensión se refiere) humanizado en la historia de la evolución de los homínidos.

Aquella antigua civilización (de raíces profundamente vascas, al decir de los estudiosos) logró transportar sus mitos, su religión y su filosofía de la vida hasta el neolítico europeo, en el que se desarrolló una relación con la naturaleza profunda y emocional. En dicho periodo, frente a la racionalización patriarcal predominaron las vivencias lúdicas y frente a la guerra y a la miseria, que conllevan la estratificación de la sociedad en clases, se estimuló una democracia horizontal y una grancalidad de vida.

Aquella civilización de la diosa europea, después de 25.000 años de existencia ininterrumpida, comenzó su decadencia, al ser invadida por pueblos guerreros procedentes de oriente (las llamadas invasiones indoeuropeas). 3.500 años antes de Cristo había caído Europa central, y para el -2.500 el mediterráneo occidental había sido ya sometido. El último enclave histórico de aquel continente (la civilización cicládica del Egeo) cayó en el -1.500, al parecer debido a la explosión del volcán sobre el que estaba asentada Santorini (que junto con Creta eran las capitales de aquella civilización marina), y por la posterior conquista de otros pueblos guerreros que se hicieron dueños de aquel nicho cultural desarticulado. Aquella crisis fué tan profunda que quedó plasmada en el mito de la Atlántida.

Así quedó cerrado el periodo cultural más largo y estable habido jamás en la historia de la humanidad; y concluyó también el ensayo de un modelo de vida y de unas relaciones sociales que nada tienen que ver con las actuales. Sin embargo, lo más extraordinario de esta historia es que aún quedan algunos vestigios de lo que pudo ser aquel mundo de la diosa europea, y los arqueólogos, una vez más, se fijan en Euskal Herria, al identificar aquella diosa con el mito de la Mari euskaldun. Mari es ante todo la representación de la totalidad (naturaleza inanimada, mundo animal, mundo vegetal, sociedad humana,

fenómenos celestes e incluso númen ético). Mari es la representación simbólica y panteísta de una realidad en la que todo está conectado con todo y que no necesita dioses externos ya que la realidad natural es la propia divinidad. De ahí la transmutabilidad de Mari, que puede ser carnero, árbol, relámpago, ser humano o incluso representar unos valores. De ahí la incomprendibilidad externa hacia unos vascos que, aún en el siglo XXI, adoran a un árbol (el roble de Gernika), árbol en el que simbolizamos a Mari, y de esa manera a la realidad, la naturaleza y la sociedad como una única unidad.

MARI Y EL INCONSCIENTE COLECTIVO

Además para los vascos y para la Europa primigenia esa Mari símbolo de totalidad es femenina. No en el sentido sexual, sino en el sentido simbólico, entendiéndolo como generador de la vida y de la propia naturaleza. Ese mundo simbólico está relacionado, además, con la luna (ciclos menstruales, estaciones y cosechas), frente a un sol patriarcal y dominador, padre de la racionalidad alejada de la naturaleza e impuesto por el invasor indoeuropeo. En euskara al "eguzkilo" se le denominaba primitivamente "ilargi-belar", y el sol era femenino. Todavía hoy en día conservamos restos del calendario lunar base de aquella civilización.

La morada de Mari era la cueva (otro claro signo paleolítico) sagrada e inviolable. Este sentido fué tan profundo y arraigado en los vascos que se traspasó, posteriormente, a la casa (etxea) y se reflejó en la regulación legal de los Fueros. La simbología geométrica de Mari es el círculo y su color el negro, reflejo de la fertilidad, de la humedad, del territorio lunar. Las posteriores invasiones de indogermanos, grecorromanos o judeocristianos no han llegado a apagar totalmente (al menos entre os vascos) el fuego simbólico y filosófico de aquella gran civilización, y el inconsciente colectivo vasco es hoy en día, aún, el depositario de aquella gran aventura cultural.

Somos un pueblo que no ha dejado dioses ni templos (se nos dice como si fuéramos un pueblo inculto y sin historia), y habríamos de recordarles que nuestro templo es la naturaleza y nuestros dioses los árboles, los ríos y las tormentas. ¿Donde cabe una religión más profunda, madura y coherente? A los vascos también se nos reprocha que no nos hemos preocupado de escribir nuestra historia y habremos de recordarles, también, que lo que sí hemos hecho es narrar nuestra prehistoria (que también es la de Europa) y que hemos utilizado para ello, magistralmente, el único soporte que poseíamos en aquellos lejanos tiempos en los que aún no estaba inventada la escritura: el mito. El mito de Mari la diosa de Europa es un ejemplo de ello.

Todo lo anterior es sólo una parte pequeña de nuestra historia sumergida, pendiente de investigación y estudio y que la transportamos, casi de manera clandestina, desde el comienzo de la romanización. Desde la invasión de aquel imperio que nos introdujo en

la historia a través de sus primeros documentos escritos, cuando llevabamos ya la friolera de 30.000 años de existencia.

EL SECUESTRO DE NUESTRA HISTORIA

¿Por qué jamás oímos decir en nuestras clases de historia que los cromagnones, los primeros homínidos humanizados en Europa, eran los vascos primitivos y sí oímos hablar, sin embargo, de los primeros franceses o españoles y de la cultura francoespañola o francocantábrica? ¿Por qué se comienza la historia de la cultura europea (incluida la vasca) con Grecia y se olvida la larga prehistoria paleolítica y neolítica europea en la que lo vasco brilló con luz propia y no se nos dice, sin embargo, que los griegos conformaron la primera estructura imperial-patriarcalista que se aupó sobre los restos humeantes de la Europa Antigua masacrada hasta la muerte, en lo que comienza a considerarse como uno de los primeros genocidios masivos de la historia de la humanidad?

¿Por qué se afirma (en contra de toda evidencia histórica y prehistórica) que los vascos hemos sido básicamente cristianos y monoteistas (recordemos el lema de "Jainko eta Lege Zaharra" del pensamiento sabiniano) intentando interpretarnos culturalmente desde las raíces indoeuropeas y no se habla, sin embargo, del profundo sustrato simbólico-cultural matriarcalista que permeabiliza toda nuestra cultura, desde la sexualidad hasta el trabajo lúdico, desde el comunismo primitivo hasta la concepción panteista de la existencia (vida y muerte incluidas), todo ello de indiscutible sabor preindoeuropeo? ¿Por qué . . . ?

Porque la historia de los pueblos la escriben siempre los poderes dominantes y estos no dejan jamás a los pueblos sojuzgados voz para que puedan relatar lo que para ellos y sus intereses fué relevante en esa historia marcada por la violencia del poder. Los vascos, además, debido a nuestra larga historia-prehistoria, hemos debido soportar las diversas historias oficiales que los diversos imperios han relatado en nuestro lugar. Hemos tenido que soportar las versiones de celtas y germanos, de griegos y romanos, de señores feudales y demócratas burgueses, del catolicismo nacional-sindicalista y del capitalismo industrial, de los izquierdistas de salón y de los globalizadores financieros. . . y todos ellos nos han hurtado sistemáticamente una reflexión histórica propia, imponiéndonos categorías ajenas a nuestra identidad, que sólo sirven a sus propios intereses y con las que no pretenden más que desbancarnos para siempre del raíl de la historia.

EN FAVOR DE UNA INTERPRETACION ANTICOLONIALISTA DE LA (PRE) HISTORIA VASCA

En estos tiempos en los que tanto se habla de re-construcción nacional es fundamental que los vascos transformemos nuestro inconsciente colectivo, aún vivo, en consciente para la acción, si no queremos repetir errores traumatizantes del pasado. Debemos articular un discurso histórico que nos dé la posibilidad de abordar nuestra identidad desde una nueva perspectiva. Una identidad que enfatize el punto de vista de los grupos humanos que hemos sido excluidos sistemáticamente de la autoritaria investigación

histórica institucional. Que enfatize una visión de nuestro pasado (y por tanto de nuestro futuro) alternativa a la de los intereses del grupo dominante (sea este español, francés o autóctono). Ya ha llegado la hora de que los marginados de este pueblo (la mayoría) pueda pensar, hablar e investigar sobre los dominios históricos, antropológicos y políticos de los que ha sido excluido con el único objetivo de hurtarle su propia realidad histórica, realidad muy peligrosa para el poder ya que lleva en sí latente la simiente de la revolución y de la liberación.

Hemos de trabajar en los temas que sean relevantes para nuestros objetivos de liberación como pueblo, pero para ello hemos de dotarnos también de estructuras de investigación y enseñanza que no estén mediatizadas por los intereses del dominador. Aún retumban en nuestros oídos las palabras (no por burdas menos impactantes) del Sr. Montero, rector de la UPV, al afirmar que él no ve lugar en la universidad pública para una investigación-docencia popular y de raíces identitarias vascas. Dicho de otra manera, que la máxima figura institucional de la universidad del tercio autonómico opina que la matriz cultural de la universidad pública vasca ha de ser de derechas y española. Toma ya! Ante tanto desatino, una vez más, Euskal Herria, que como en épocas de guerra, y despreciando a las castas de militares profesionales, supo generar sus propios mandos desde las filas del pueblo para que estos defendieran sus intereses; de la misma manera, decíamos, tendrá también que generar cuadros de intelectuales que sirvan para nuestra reconstrucción cultural y simbólica, que pasa ineludiblemente por la interpretación de una historia propia anticolonialista. La cultura y la investigación histórica de nuestro pueblo son demasiado importantes como para dejarlas en manos de los funcionarios de administraciones coloniales que sobradamente han demostrado a quién sirven.

Alfontso Mtz. Lizarduikoa

